

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Fernando Cassinello**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Febrero 1998

Alejandro de la Sota | febrero, 1998

Es difícil saber si era así, o se fabricó a sí mismo; en todo caso, el hombre pequeño vestido de gris, de aspecto enfermizo y ojos penetrantes, se mantuvo fiel a su trabajada imagen de terca e improbable humildad hasta el final.

Dedicó sus últimos años a un proyecto para la Empresa Municipal de la Vivienda cerca de la Puerta de Toledo, en el que proyectó unas oficinas donde le habían pedido viviendas porque “la calle es ruidosa y lo adecuado es hacer una crujía de oficinas y situar detrás las viviendas”.

La administración, tan generosa en tantas otras ocasiones con caprichos de alto coste y difícil justificación, archivó el último proyecto de D. Alejandro, que se mantuvo en sus trece defendiendo hasta el final que la Arquitectura es, ante todo, lo que se debe hacer y en ningún caso, dar solución más o menos brillante a un problema mal planteado.

Hubo quienes no tuvieron inconveniente en participar en un concurso de “Proyecto y Obra” para sustituir al que hubiera sido el último edificio de D. Alejandro. La ocasión habría merecido el homenaje de la abstención, al menos por parte de un cierto sector ilustrado de la profesión.

D. Alejandro de la Sota fue bastantes años profesor de la Escuela, de donde salió para no volver, después de una oposición a Cátedra en la que teóricamente contaba de entrada con el apoyo de un Tribunal afín en lo ideológico. Fiel a su costumbre de no poner las cosas fáciles a nadie (incluido él mismo por supuesto), en un fatal ejercicio de coherencia se negó a admitir las reglas del juego: ni quiso preparar diapositivas de una obra amplia, importante y sobradamente conocida por todos, incluido desde luego el Tribunal, ni aceptó en los ejercicios apartarse del discurso intimista y lúcido que eran sus clases.

Nunca quiso volver a la Escuela y cuando por fin transigió después de repetidas invitaciones, y quedó en venir un día, su salud se lo impidió.

Cumplió desde fuera de la Escuela un papel de referencia que probablemente le hubiera sido difícil representar dentro. La relativa lejanía y difícil acceso le ayudaron a mantener la coherencia de una imagen que vista más de cerca, siempre hubiera revelado algunos aspectos que no encajaron del todo.

Fuera real o fabricado, el personaje prefirió mantenerse igual a sí mismo y coherente hasta el final, trabajando poco y personalmente, cuando

probablemente no le hubiera costado capitalizar su trabajada fama, apadrinando en sus últimos años proyectos no tan propios pero con algún toque del maestro.

Por encima de los numerosos sotianos, de los que hay ya varias generaciones (lo peor de un gran hombre suelen ser los discípulos), nos quedan algunas obras admirables que probablemente en parte lo son por no ser tan racionales como él decía querer.

Fernando Cassinello | febrero, 1998

Era imposible no querer a Fernando Cassinello. Era mayor que el “tamaño natural”, como deben hacerse las estatuas de hombres ilustres, tanto en lo físico: alto, gordo, fuerte; como en el carácter: optimista incorregible, trabajador incansable, discutiendo impenitente. Su desbordante vitalidad le hacía tirar adelante sin regatear esfuerzos en empeños propios y ajenos, con la generosidad sin límite propia de quien se siente poseedor de una ilimitada energía.

Un profesor así era ya una rara ave en un ambiente universitario donde la gente empezaba a apreciar las ventajas de practicar el arte de la caza a la espera, que tanto se ha perfeccionado y popularizado en los últimos años.

Era imposible no quererlo, pese a ser un triunfador, catedrático de Construcción al primer intento, después de una sorprendente tentativa de serlo de ¡Teoría del Arte!! en competencia con Víctor D'Ors y a la vez una carrera meteórica en el Torroja, donde era Director en funciones mientras proyectaba y dirigía importantes edificios.

Empecé a entender su auténtica dimensión humana al ver la entereza con la que se enfrentó a su tragedia. Asumió, sin dudar, su responsabilidad. Comprendió que su posición no podía ser defendida de forma automática por todos los compañeros, sin llevar nunca el tema al terreno personal. Luego hizo lo más difícil: volver a la Escuela y reanudar sus obligaciones docentes con total normalidad, por pocos años, desgraciadamente.

Después de su prematura muerte, el aprecio y la comprensión dejaron paso a la admiración. Sólo una persona extraordinaria ha podido dejar semejante huella en su familia; en ello tuvo la ayuda de otra persona fuera de lo común, también desaparecida demasiado pronto, Pepa Cassinello (como ella quería que la llamaran). Fue el complemento de este hombre grande, que fue un gran hombre

cuando tuvo la suerte de cara, y supo seguir siéndolo cuando le dio la espalda.

Reeditar uno de sus dos libros publicados, de una colección que iba a constar de nueve, permite compaginar el homenaje personal a un amigo con la política de recordar, mediante la reedición de algunas publicaciones de aquellos que tuvieron el valor de escribir, que la Escuela de Arquitectura de Madrid es una institución con una larga historia, que incluye numerosos profesores dignos de recuerdo.

No es un libro actual, no puede obviamente serlo, pero sí es un importante testimonio de un hombre muy ligado a quienes cambiaron de una forma radical el entendimiento y el uso del hormigón, y que al tiempo tuvo una intensa actividad profesional en el campo de la construcción.

Tiene pues este valor de documento relativo no sólo a las nociones técnicas del momento (que han variado en poco más que aspectos cuantitativos), sino también al propio entendimiento del hormigón como medio para hacer arquitectura por encima de los modelos concretos de análisis y las técnicas de puesta en obra.

Fernando Chueca | noviembre, 2004

Don Fernando Chueca será recordado como denodado defensor del patrimonio artístico español, ejerció desde la cátedra y la academia con su excelente oratoria y mejor pluma una labor didáctica esencial para el entendimiento de nuestro patrimonio arquitectónico.

Nunca rehuyó una batalla, con 87 años cumplidos y atendiendo la petición que le hicimos numerosos arquitectos, presentó su candidatura a Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, redactó un manifiesto en el que se definía como "Regeneracionista", estuvo a la altura de las obligaciones de campaña, debate incluido, ganó y emprendió la tarea de sacar al Colegio de una profunda crisis en que lo habían sumido anteriores Juntas.

Ejerció de Decano, delegando con inteligencia y dirimiendo en los asuntos importantes (tenía una increíble lucidez para distinguir lo principal de lo accesorio). Cumplido su programa, se retiró dejando una situación de calma y juego limpio, las elecciones siguientes a su marcha han sido las más tranquilas que se recuerdan en la historia de la institución.

Para nada necesitaba Don Fernando, que ya tenía todo el prestigio y reco-

nocimiento público que pudiera desear, embarcarse en la aventura de una elecciones cuyo resultado era incierto y que de hecho se decidieron por un puñado de votos. El que lo hiciera pone de relieve un rasgo de su carácter, un compromiso más ético que político con sus semejantes. Fue un hombre valiente, desprendido y amante de la justicia y así lo recordaremos.

Jacques Heyman | octubre, 2005

El objeto de la ciencia es el conocimiento del mundo que va fraguándose y modificándose mediante el doble juego de la observación y la formulación de modelos que van siendo validados o superados mediante nuevas observaciones; durante el siglo XX hemos sido testigos de la espectacular sustitución del modelo newtoniano por el relativista; del espectacular desarrollo del increíble universo en expansión y nos encontramos en la terrible situación de que sólo podemos dar cuenta del 5% de la materia-energía del universo completada por conceptos tan poco científicos como "la materia oscura" y la "energía oscura" que dejan en mantillas al "éter" del siglo XIX.

En el campo de las estructuras, que fue una materia exclusivamente técnica (como hacer las cosas para obtener los resultados requeridos), hasta Galileo, asistimos a una temprana explosión de interés científico (a lomos del cálculo diferencial), hasta que, a finales del XIX hay un modelo consolidado y unos sistemas de ecuaciones en derivadas parciales que agotan la cuestión desde el punto de vista científico, dejando un amplio margen para la cuestión técnica, tanto en cuanto a procesos constructivos como a técnicas de análisis económicamente viables.

En los años 40 del siglo XX un proceso de refinamiento de las técnicas de análisis, unido a tandas rigurosas de experimentación, converge hacia un nuevo modelo cuya motivación entra aún más en el campo de la técnica que de la ciencia.

La visión desde arriba de este nuevo modelo (nacido como el modelo elástico de las estructuras de acero), que lo dota de un nivel de abstracción tan elevado que trasciende su origen y lo hace aplicable a cualquier tipo de estructura y material, significa nada menos que volver, siquiera brevemente, el problema estructural al ámbito científico que parecía agotado desde el siglo XIX.

Corresponde al profesor Heyman una buena parte del mérito de trascender